

## Mi mejor amiga

Andrés Guzmán Díaz

Universidad de Vidzeme de Ciencias Aplicadas

Cuadrupedal... Saliva... Agitación... Cuando muero recordaré que el tiempo es líquido y se me escapa entre los dientes, se escurre por mi lengua. Tiempo es la saliva que nunca para de brotar, que se multiplica en temporada de calor y no mengua. Es lineal y es cíclico: lamo y trago. A veces, yo vomito.

Naceré un día cualquiera, de esos que nadie recuerda más que por algo incidental. Ese día se nos ponchó una llanta y también naciste tú, dirían. Todo pasa, menos yo. Desde entonces me pareceré más a mi padre, cuyo pelo rojizo se me aferrará en la punta del cabello, muy tenue, como la flama de un fuego que lucha por no morir en el ambiente gélido.

También tendré la complexión robusta de mi padre, aunque todos dirán que mi rostro es la viva imagen de mi madre. De ambos, sin embargo, tendré pocos recuerdos. Con los ojos cerrados, abrumados por la existencia luminosa, solo podía abrirme paso a través del torso de mi madre para mamar, una y otra vez.

Será imposible considerar comer solo plantas. Me gusta mucho la carne, en especial el rastro de ella en los huesos. Succiono el jugo que quedó encerrado, como un elixir de vida eterna. Podría pasar horas enteras masticando algo que no podré comer, pero cuyo sabor me remitía a aquellas horas en que mi madre, acostada y débil, daba su existencia por

la mía. Era un hueso que sin importar cuántas veces mordiera, permanecía. Las ensaladas, a veces, me hacen vomitar.

En mi juventud perderé el juicio. Algo dentro de mí me incitará a empujar las puertas de la percepción. Mis padres ya no estarán conmigo. Eran muy pobres y por eso me dieron en adopción. Mi segunda familia será muy rica y me tendrán más como un trofeo, como una medalla que se le da a la gente que hace cosas que nadie quiere hacer, algo así como un reconocimiento de valentía y, a la vez, de cobardía.

Soy una medalla de chocolate rojizo, con el vientre derritiéndose.

Una noche, con el hartazgo de aquellas personas tan mimadas y tan confiadas en un amor que nunca desarrollé del todo, me fugaré con Tobias. Vagaremos por las oscuras y húmedas calles de una ciudad agitada, como adentrándonos en una puta que acaba de asegurar el sustento de una vida miserable y placentera. Tal vez Tobias quería jurarme amor eterno, que viviéramos juntos toda la vida, que formáramos una familia, que le prometiera que sin importar nada yo estaría a su lado. Jamás lo sabré porque el pobre se interpondrá en el camino de un par de borrachos quienes, aprovechando el poder sublime de la inconciencia y la estupidez, decidirán ponerlo contra un poste para maltratarlo.

Imploraré, golpearé, gritaré por que lo dejen en paz, pero ellos no escucharán. Son ciegos que no oyen, animales que se jactan de fuerza intelectual. Uno de ellos me arrastrará lejos del lugar al mismo tiempo que verá cómo le pasa una navaja al otro. Una cuadra después, Tobias será silencio, carne en descomposición sobre el asfalto infértil. Escaparé, sin saber cómo. Olvidaré todo.

## Mi mejor amiga

Al séptimo día descansaré de crear problemas. No encontraré, nunca más, el camino a casa y, aunque pudiera hacerlo, no me gustaría volver. Un muchacho muy delgado se apiadará de mí. Me ofrecerá agua y algo de comida. Me dirá que puedo quedarme en su casa durante varios días. Siempre le daré gracias.

Cuando uno es joven no tiene voz. No tendré ningún poder sobre mí. Aunque me cuide, el muchacho delgado se asegurará de que no vuelva a escapar porque, me dirá, alguien tiene que adoptarme. Me resignaré a esperar algo mejor, siempre del otro lado de la puerta, allá, lejos; aquí, jovial soledad.

Sabré que son ellos en cuanto crucen el umbral: altos, morenos, de ojos tristes que se hunden en el paraíso trivial, un universo infinito y sencillo. Estaré muy feliz de verlos conmigo, abrazándome. ¿Hace cuánto no me habían dado un abrazo? Me arrojaban besos, caricias, miradas, pero en la distancia se evaporan las intenciones. Llévenme con ustedes, diré.

Andaremos por callejones interminables después que hayamos partido del hogar del flaco. La urbe se extenderá cual laberinto en todas direcciones: muros altos, calles cerradas, trampas de fe, mendigos alborotados y —lo peor— excéntricos sujetos vacíos de alma, zombis errantes que solo olfatean papeles verdes a su paso. Nunca me gustará el espacio, excepto con ellos. A su lado, todo aquello se aparta de mí, como si su custodia fuera suprema. Pensaré alguna vez en escaparme de nuevo, pero serán simples pensamientos rápidos, como cuando uno persigue un insecto con la mirada y piensa que el mundo no los necesita. Son pensamientos insinceros.

## Andrés Guzmán Díaz

En esa mi nueva casa, encontraré muchos pretendientes. Nunca me dejarán que ande tras sus pasos porque, me dirán, no querían que sus amores se materializaran en más bocas para alimentar. Después de todo, ya no habrá lugar en este mundo.

Una noche cambiará mi vida. Tendré sueños raros, agitados. En ellos veré luces intensas, manos blancas que se acercan a mí, que me pellizcan y me rascan, que buscan y mueven mis entrañas. Caeré en los brazos de la fiebre y la somnolencia.

Despertaré en sus brazos, en mi casa. Abarcarán mi frente con sus manos. Algo estará mal. Lo sabré. No seré la misma otra vez. Lo sabré. Me pedirán perdón. Se acostarán a mi lado esa noche, acurrucados, sollozando. Perderemos una vida. Falso: perderemos múltiples vidas que podrían haber sucedido, perderemos las eventualidades, las posibilidades. Perderemos esa noche nuestra naturaleza. Lo sabré. Lloraremos juntos la injusticia que nos aplasta. Lamentaré tu carne, Tobias, y mi carne en descomposición sobre el asfalto infértil.

Les perdonaré mañana porque me quieren, porque no me dejan a mi suerte, porque me hablan de un futuro mejor, a su lado, siempre. Y hoy, cuando muero, recordaré que el tiempo es líquido y se me escapa entre los dientes, se escurre por mi lengua. Alguien ha plantado veneno frente a mí y me ha asegurado que lo puedo comer. No es verdad, a veces, yo vomito.

Soy una medalla de chocolate rojizo, con el vientre derritiéndose. Muero. Muero feliz, pues sus manos están sobre mi hocico, y alcanzo a escuchar: no sufras, no te quedes, mejor amiga.